

# XVI domingo de Tiempo Ordinario

---

- Jer 23, 1-6. Reuniré el resto de mis ovejas, y les pondré pastores.
- Sal 22. R. El Señor es mi pastor, nada me falta.
- Ef 2, 13-18. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno.
- Mc 6, 30-34. Andaban como ovejas que no tienen pastor.

## 1. Desde la Palabra de Dios

Cuando los Apóstoles regresan después de haber estado predicando de dos en dos, Jesús vuelve a recordarles, esta vez con su propio testimonio, el “binomio central” de la vida de los discípulos: estar con Él y predicar en su nombre.

La primera parte del texto es una invitación al descanso “en un lugar desierto”. Estamos en tiempo de vacaciones. Muchos aprovechan para “desconectar” de la vida cotidiana y hacer aquellas actividades que no se realizan en la época laboral... Pero no es exactamente a eso a lo que se refiere Jesús. Se trata de apartarnos de la acción, para descansar “en el desierto”, es decir, en el lugar donde el Pueblo de Dios se encuentra con Él, el lugar del Primer Amor, el lugar donde no hay nada que nos distraiga de Dios y de su presencia. En definitiva, Jesús nos sigue invitando a entrar en el silencio de nuestro corazón para vivir su amistad y su presencia, para “descansar en Él”.

Pero el descanso dura poco, la muchedumbre reconoce a Jesús y corre tras Él. Y Jesús da a los suyos la segunda lección: «vio una multitud y se compadeció de ella».

El desierto ha de llevarnos a fijar nuestra mirada en Jesús de tal modo que aprendamos a “ver y compadecernos” como Él lo hacía; a “misericordiar” con nuestros hermanos, a hacer nuestros sus anhelos, sus miedos, sus dolores y sus carencias.

Esa es la auténtica “pastoral” de la Iglesia: mirar a los hermanos con la mirada de Jesús, para com-padecernos de ellos, que andan “como ovejas que no tienen pastor”, de modo que, imitando a Jesucristo, el Buen Pastor, podamos acompañarles a esa experiencia de encuentro y misericordia, de desierto y compasión, que hoy Jesús mismo nos ofrece.

## 2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La actitud de Jesús que observamos en el Evangelio de la Liturgia de hoy (Mc 6,30-34) nos ayuda a comprender dos aspectos importantes de la vida. El primero es el descanso. A los Apóstoles que regresan de las fatigas de la misión y, con entusiasmo, se ponen a contar todo lo que han hecho, Jesús les dirige con ternura una invitación: «Venid vosotros solos a un lugar desierto, para descansar un poco» (v. 31). Les invita al descanso.

Haciendo esto, Jesús nos da una valiosa enseñanza. A pesar de que se alegra de ver a sus discípulos contentos por los prodigios de su predicación, no se alarga en felicitaciones y preguntas, sino que se preocupa de su cansancio físico e interior. ¿Y por qué hace esto? Porque quiere ponerles en guardia contra un peligro que está siempre al acecho, también para nosotros: el peligro de dejarse llevar por el frenesí del hacer, de caer en la trampa del activismo, en el que lo más importante son los resultados que obtenemos y el sentirnos protagonistas absolutos. Cuántas veces sucede también en la Iglesia: estamos atareados, vamos deprisa, pensamos que todo depende de nosotros y, al final, corremos el riesgo de descuidar a Jesús y ponernos siempre nosotros en el centro. Por eso Él invita a los suyos a reposar un poco en otro lugar, con Él. No se trata solo de descanso físico, sino también de descanso del corazón. Porque no basta “desconectar”, es necesario descansar de verdad. ¿Y esto cómo se hace? Para hacerlo, es preciso regresar al corazón de las cosas: detenerse, estar en silencio, rezar, para no pasar de las prisas del trabajo a las de las vacaciones. Jesús no se sustraía a las necesidades de la multitud, pero cada día, antes que nada, se retiraba en oración, en silencio, en la intimidad con el Padre. Su tierna invitación —descansad un poco— debería acompañarnos: guardémonos, hermanos y hermanas, del eficientismo, paremos la carrera frenética que dicta nuestras agendas. Aprendamos a detenernos, a apagar el teléfono móvil, a contemplar la naturaleza, a regenerarnos en el diálogo con Dios.

Sin embargo, el Evangelio narra que Jesús y los discípulos no pueden descansar como querían. La gente los encuentra y acude desde todas partes. Entonces el Señor se compadece. He aquí el segundo aspecto: la compasión, que es el estilo de Dios. El estilo de Dios es cercanía, compasión y ternura. Cuántas veces, en el Evangelio, en la Biblia, encontramos esta frase: “Tuvo compasión”.

Conmovido, Jesús se dedica a la gente y comienza a enseñar (cfr. vv. 33-34). Parece una contradicción, pero en realidad no lo es. De hecho, solo el corazón que no se deja secuestrar por la prisa es capaz de conmoverse, es decir, de no dejarse llevar por sí mismo y por las cosas que tiene que hacer, y de darse cuenta de los demás, de sus heridas, de sus necesidades. La compasión nace de la contemplación. Si aprendemos a descansar de verdad, nos hacemos capaces de compasión verdadera; si cultivamos una mirada

contemplativa, llevaremos adelante nuestras actividades sin la actitud rapaz de quien quiere poseer y consumir todo; si nos mantenemos en contacto con el Señor y no anestesiamos la parte más profunda de nuestro ser, las cosas que hemos de hacer no tendrán el poder de dejarnos sin aliento y devorarnos. Necesitamos —escuchad esto—, necesitamos una “ecología del corazón” compuesta de descanso, contemplación y compasión. ¡Aprovechemos el tiempo estivo para ello! Nos ayuda mucho.

(Papa Francisco. Angelus, 18 de julio de 2021)

### 3. Desde el fondo del alma

EL SEÑOR ES MI PASTOR NADA ME FALTA  
EL SEÑOR ES MI PASTOR.

En praderas reposa mi alma,  
en su agua descansa mi sed.  
Él me guía por senderos justos  
por amor, por amor de su nombre.

Aunque pase por valles oscuros  
ningún mal, ningún mal temeré  
porque sé que el Señor va conmigo  
su cayado sostiene mi fe.

Tú preparas por mí una mesa  
frente a aquellos que buscan mi mal.  
Con aceite me ungiste, Señor  
y mi copa rebosa de ti.

Gloria a Dios, padre omnipotente  
y a su hijo Jesús, el Señor,  
y al Espíritu que habita en el mundo  
por los siglos eternos. Amén.